

Primer premio: **Quitapesares** de **JESÚS MANUEL PATERNINA DURÁN**, estudiante de Literatura de la Universidad Autónoma de Bucaramanga.

### QUITAPESARES

Una década después de que en la zona bananera, símbolo de pujanza de la región caribe de Colombia, se regaran las tierras con ríos de sangre, un hombre, con el jornal de tres meses consagrados al más arduo trabajo, decidió marcharse al sur en busca de una mejor vida. Su nombre, Pablo Antonio Anaya. Con la determinación del hambre y el ingenio de los pobres, resolvió que la mejor manera de hacer plata era invirtiendo la poca que tenía en animales y tierra virgen. Mientras los demás gastaban los salarios en cantinas de la población de Ciénaga, Pablo Antonio escondía el suyo en un pote que enterraba a la sombra de un árbol en un lugar sólo conocido por él. Estaba casado con Luisa Santos Sánchez, la heredera de una de las familias propietarias de haciendas en la zona y quien nunca malgastó esfuerzos en nimiedades. Ella, antes de casarse, siempre ayudaba en todo lo necesario y en algunos casos, hasta repartía comida a los trabajadores. Así fue como conoció al amor de su vida. No se sabe si algunas pretensiones escondidas del joven jornalero provocaron el cortejo, lo cierto es que ninguno imaginó que a partir del día en el que se volaron azarosos, presas de un aparente amor urgente, todo sería tan duro.

—Papá era muy simpático. A donde iba levantaba miradas —. Dice Josefa María, la hija mayor de la pareja que aún recuerda con nostalgia los tiempos de lucha.

Josefa tiene ochenta y tres años. A los siete llegó al terreno que el papá después bautizaría como “La Bretaña”. Pablo Antonio, antes de tomar la trascendental decisión que cambiaría su destino, se escondió durante años del suegro, quien gritaba a los cuatro vientos que si lo veía, le volaba los huevos de un

escopetazo. Los rumores del terreno virgen los escuchó de un compañero, quien hablaba de un veterano de la guerra de los mil días que vendía unas tierras a precio de huevo. Maleza de difícil acceso, decía. Estaban próximas a un caserío en la parte baja del Magdalena al que precisamente se le conocía como “El Difícil”. Desde ese momento, Pablo empezó a doblarse en turnos para conseguir el plante de la primera cuota. Al cerrar el negocio, se la dejaron aún más barata porque el propietario no imaginó que alguien se interesara en un pedazo de tierra que parecía olvidado por el progreso. Armado con un machete en el cinto, acompañado de la familia y seguido por un novillo y tres chivos negociados en Chibolo, su pueblo natal, el jefe de la familia Anaya Sánchez hizo posesión del terreno con un manojito de ilusiones.

—Eso era puro monte —. Recuerda Josefa María mientras mira el retrato a óleo de los padres, sentados uno junto al otro en mecedoras de mimbre, de espaldas al recuerdo de alguna finca.

La casa en la que charlamos está ubicada en la carrera veinticinco del popular barrio La Esperanza en Santa Marta. Esta fue la primera casa de los Anaya Sánchez en la capital del Magdalena y la única que ahora les queda. La compraron en los tiempos dorados, justo antes del trágico suceso que Pablo Antonio nunca pudo superar.

De regreso a los tiempos en los que se forjaba la leyenda, la familia, que a esas alturas contaba con dos niños además de Josefa María, debió acomodarse y hacer de tripas corazón con los insectos y las culebras que pululaban. Andrés Alfonso, de cinco años y Pablo José, de tres, se divertían matando a palos los animales que intentaban acercarse.

—Casi no dormíamos —dice Josefa—. Nos levantábamos desde las tres de la mañana a ordeñar y a cortar la maleza de las cuatrocientas hectáreas que negoció Papá. Mamá cocinaba en un horno de leña que él le armó. Al principio nos tocaba buscar guineos cerca, además de la leña, porque no había nada. Nada era nada.

Muchas veces asaban animales silvestres como guartinajas, ñeques o conejos, y los servían en hojas de matas de guineo que hacían de platos. Todos estos sacrificios rendirían frutos, aunque no lo hicieran inmediatamente. En una de las caminatas que hacía Pablo en el recién adquirido terreno, le llamó la atención la secreción que emanaba de algunos árboles. Ese líquido viscoso resultó ser lo que después se conocería como el ganado de los pobres: bálsamo de resina. Le atribuían propiedades medicinales que lo hacían valioso. Pablo se ingenió un método artesanal para la extracción: colocar cocas debajo de incisiones transversales hechas con machete.

—Las cocas llenaban timbos completos que después se vendían como pan caliente en El Difícil —, recuerda Josefa María.

No existían carreteras cerca, por lo que no tuvieron vecinos en mucho tiempo. Pablo Antonio llevaba los timbos de bálsamo para negociar en El Difícil, además de varios bultos de guineo y ñame. En compañía de sus dos hijos, recorría el monte con un burro que soportaba estoicamente la pesada carga. Sin embargo, el verdadero negocio no era el bálsamo. Eso estaba muy claro. Aprovechaba el dadivoso terreno, pero para él, la plata venía con los animales.

Con lo obtenido por la venta del bálsamo, Pablo compró maíz con semillas de pasto y tiró alambre para cercar el terreno. Comenzó a negociar con ganado ajeno que cuidaba con una condición: al momento en el que parieran, se quedaría con algunos terneros. Los animales empezaron a multiplicarse.

Los hijos moldearon el temple bajo el control implacable del papá. Aunque a veces lo veían coquetear con alguna vecina de El Difícil, se hacían los locos porque ellos también molestaban a las hijas de los indios que pasaban por ahí. Poco a poco, Pablo Antonio fue comprando las tierras desde Altoplano hasta la carretera de El Banco. Primero adquirió los terrenos de Las Medallas y Monte Gardenia, después Judea y por último Quitapesares. Esta finca quedaba al lado de la carretera que hacía poco habían construido y atravesaba todo el valle de Ariguaní. Unas tierras preciosas, dice Josefa María. En total, Pablo alcanzó a acumular más de cinco mil hectáreas y cuatro mil cabezas de ganado en la zona.

Todas las fincas que compró se reunieron bajo el nombre de Quitapesares. Y fue aquí en dónde Josefa María siguió los pasos de la mamá volándose a los diecisiete años con un jornalero hacendoso, mucho mayor, de apellido Paternina. No habla mucho del asunto. Al parecer, aún hoy, a su edad, se avergüenza al recordar esa parte de la historia.

A pesar de que Josefa se desprendió del seno familiar, nunca dejó de estar al tanto de lo que pasaba en Quitapesares. Los pequeños Andrés Alfonso y Pablo José crecieron, y comenzaron a empoderarse en la administración de la finca. Varios hermanos que llegaron les ayudaban con labores menores, pero las decisiones importantes recaían sobre ellos, en quienes Pablo Antonio delegó toda

la responsabilidad. La bonanza de bálsamo había pasado hacía rato y comenzaba a irrumpir el negocio tabacalero. Cerca de la finca se constituyó el corregimiento de Pueblo Nuevo, en dónde predominaba la influencia de los Anaya Sánchez.

—Todos tenían que ver con nosotros. A todos nos conocían—, dice Josefa María—. El que más se hacía notar era Pablo Jota. Lo querían mucho.

Pablo José, o Pablo Jota, como prefiere recordarlo Josefa María, tenía un parecido más cercano a Luisa Santos que al papá. Josefa me muestra una foto en la que la nariz prominente y el rostro ovalado de Luisa no dejan negar el parentesco. De estatura mediana, la imponencia de Pablo se realzaba al montar a caballo. Tuvo un campero Suzuki que nunca utilizaba, lo de él eran los caballos, dice Josefa.

Era igual de exitoso con las mujeres que el papá, quien precisamente por un apetito voraz hacia el género femenino, debió ceder a los reclamos de separación de Luisa Santos. Las tierras y los bienes se repartieron. Los hijos heredaron en vida de los padres algunas de las tierras que después cambiaron de nombre. Quitapesares fue una de las pocas que no lo hizo y pasó a ser de propiedad de Pablo Jota. Andrés Alfonso se quedó con Monte Gardenia.

A pesar de la separación, el trabajo arduo de los hijos Anaya Sánchez no hacía más que edificar un panorama de prosperidad. Quitapesares se convirtió en el centro de la familia. Los veinticuatro y treinta y unos de Diciembre, el punto de encuentro quedaba en la finca. Pablo Jota se fue convirtiendo gradualmente en la cabeza. Todos acudían a él para resolver los problemas, que nunca dejaban de aparecer.

En la costa, mucho antes del conflicto guerrillero y paramilitar, hubo un problema serio al que los ganaderos del Magdalena tuvieron que hacer frente con poco o nulo apoyo de la policía. Los parceleros. Grupos de individuos que robaban cosechas y ganado, además de tierras con el asentamiento ilegal de parcelas.

—Pablo Jota no era de meterse en problemas sino de resolverlos —. Dice Josefa.

Y fue precisamente el carácter de Pablo Jota el que lo llevó a un enfrentamiento con unos parceleros en Monte Gardenia, a mediados de los setenta, que por poco cobra su vida.

—Se salvó porque ellos no tuvieron escopeta para dispararle —. Continúa Josefa.

Veinte delincuentes, armados con palas y herramientas hechizas, invadieron la finca. Andrés Alfonso y Pablo Jota hicieron frente a los individuos sin ayuda de la policía. Según cuenta Josefa, Pablo, con un tono conciliador, pidió ayuda a las autoridades sin obtener respuesta oportuna. No se presentaron víctimas fatales, aunque este episodio fortaleció el espíritu recio de los hermanos Anaya. A nosotros no nos la van a clavar no joda, decían.

—Pablo Jota siempre tuvo su vaina con la policía por lo de los parceleros — dice Josefa —. No dejaba de quejarse de que ellos no le servían al ganadero.

Una pistola calibre cuarenta y cinco reforzaba una autoridad que Pablo Jota no encontraba en la policía. Que no contara con papeles del arma no le impedía

cargarla en el cinto. Solo en ocasiones, antes de esporádicas borracheras, la dejaba en dónde su hermano Andrés.

Pablo Jota siempre cabalgaba entre las fincas de la zona. Visitaba a los hermanos y a los amores que tenía regados. “La Brisa”, “El Castaño” y “Lucio Vásquez” fueron los nombres de los caballos a los que les tuvo más afecto. Con sombrero y botas de cuero, camisas blancas abiertas hasta la mitad del pecho, y pantalones de dril fresco, recorría las inmediaciones de la carretera entre Pueblo Nuevo y El Banco. En invierno, cambiaba las botas de montar por botas de caucho. Sin camisa, con valde en mano y un rejo con el que se guindaban las hamacas, se sentaba a ordeñar como cualquier peón. Muchas veces recibía la visita de la mamá o las hermanas, a quienes atendía como reinas. Cuenta Josefa María que fue famosa entre ellas la frase en la que él decía: “Lucha, tráeme la totuma para llenártela de leche”. De la ubre de la vaca al vaso. A Josefa María se le ponen vidriosos los ojos al recordar al hermano.

Pablo Jota no tomaba muy seguido, pero cuando lo hacía, casi siempre en Pueblo Nuevo, la parranda duraba dos o tres días seguidos. A veces pasaban seis meses sin que probara una sola gota de alcohol, dice Josefa María, sin embargo, el día que murió masacrado por la policía, fue precisamente en una de las cantinas de la población.

Al llegar a ese punto de la historia, la voz de Josefa María cambia. Se le escucha más delgada, como si quisiera alargarla para que le dejase agarrar ese terrible recuerdo. Se mueve en la silla cómo si un tropel de imágenes dolorosas

quisieran arrebatarle la tranquilidad. Después de un silencio largo, comienza contándome todo lo que pasó.

—Fue como si mi Diosito tuviera todo planeado para llevárselo —. Dice Josefa después de tomar un trago de agua.

Pablo Jota llevaba tiempo sin beber. Por algún extraño designio, como si la desgracia se asomara, las fiestas de Diciembre las pasó en blanco. La abstinencia lo cogió en el pueblo el primer mes de mil novecientos ochenta y cinco. La noche del segundo sábado del año, doce de enero, se encontró con unos compadres y empezó a beber hasta que prácticamente quedó solo. Por más que se renovaba la compañía, nadie le igualaba el pulso con el ron. Uno tras otro, familiares y amigos fueron relevándose. La pistola la había dejado el viernes anterior en dónde Andrés Alfonso, y el caballo, en dónde el compadre Gustavo Tejada.

El lunes, temprano en la mañana, Pablo Jota salió de la cantina en busca del caballo para irse a Quitapesares. En el camino se encontró a la policía que iba en dirección a la cantina que él acababa de abandonar. Antes de llegar a recoger el animal, se topó con su amigo Manuel Avendaño quien lo incitó a irse con él en carro. Pablo Jota aceptó y al llegar al límite del pueblo, Manuel se detuvo a saludar a una comadre recién parida. Algo en la mente de Pablo Jota no lo dejaba tranquilo y decidió bajarse del carro e ir en busca del caballo. Por alguna razón que nadie pudo precisar, cuando se montó en su animal, unas ganas de provocación lo guiaron de regreso hasta la cantina en la cual los policías se encontraban en una requisa. Montado, entró al recinto y alborotó el genio del comandante de policía que lideraba



el operativo. Agresivos, cruzaron palabras que terminaron con la salida de Pablo, no en los mejores términos.

Todos pensaron que se iba para la finca a pasar la borrachera. En realidad, llegó a Campo Gardenia y sin que Andrés Alfonso se diera cuenta, cogió su pistola con rumbo a Pueblo Nuevo. A mitad de camino se encontró a su cuñado Monche que venía en una pequeña moto. Sin mediar palabra, le dejó el caballo y entró a pie al pueblo.

A las diez y veinte de la mañana, con el sol inclemente calentando las calles polvorientas, las botas de Pablo Antonio dejaban huellas temerarias antes de llegar a la cantina de la que había sido expulsado antes. Los policías aún permanecían en el lugar resguardándose del sol. Pablo Jota entró desafiante.

—Todos dicen que Pablo entró buscando la muerte. Lo que yo siempre he creído es que la ley, en cierta forma lo retó a él —. Dice Josefa María con los ojos fijos en una de las baldosas negras del piso ajedrezado.

No se supo cuál de los diez policías del lugar vio primero el arma en el cinto de Pablo Jota, pero a la voz de que el hombre portaba una, todos quitaron el seguro de los fusiles de dotación. Pablo Anaya Osorio, un medio hermano que según cuenta Josefa María murió hace pocos años, pasó cerca y al percatarse de la situación, intentó mediar en la disputa trágica que se avizoraba. El comandante empezó a gritarle a Pablo que soltara el arma. Él contestó que fueran y se la quitaran. Entre gritos y tensiones, no se supo quién disparó primero. El resultado, una herida de bala en la pierna del comandante y un hombre tirado en el suelo de

la cantina con numerosos impactos de bala. Cuando se dispersó el humo en el lugar, a las diez y treinta de la mañana, Pablo José Anaya Sánchez yacía sin vida en medio de una laguna roja.

Al día siguiente, un tumulto de gente se veía salir de Quitapesares. Seis hermanos, todos ellos de una misma familia, con un cajón sobre los hombros y un par de ancianos detrás, lideraban la marcha. Dos kilómetros anduvieron bajo el sol compasivo de las cuatro de la tarde. Antes de llegar a Pueblo Nuevo, Andrés Alfonso se acercó a los policías que se encontraban en alerta por posibles disturbios en represalia a la situación. Así se describió el asesinato en el parte oficial. Les pidió que respetaran el dolor de la familia y se retiraran. Él garantizaba que no pasaría nada más.

Ese dolor de la familia nunca se superó. De los ojos de Josefa María, hoy, treinta y tres años después de la tragedia, las lágrimas son el vivo testimonio de que el tiempo no quita los pesares.